

La Persona que el Estudiante Lleva Adentro

“ . . . el hombre hereda algo más que lo que le es transmitido automáticamente por herencia física y psíquica, hereda también una cultura. . . ”

(Toynbee).

Hace ya algún tiempo que decidí hacer estas líneas en las cuales quiero reflexionar junto con ustedes, respecto a algunas consideraciones que creo son y serán de cierta utilidad para todos aquellos que nos hemos ocupado de los estudiantes y con los estudiosos de los estudiantes y, de alguna forma, estaría interesado en que quienes son denominados con esta palabra también pudieran reflexionar sobre esto.

Todos sabemos que la enseñanza y el aprendizaje están en crisis. Ciertamente, parece ser que estamos en el centro de una turbulencia, cuyo período más importante pudiera ser el momento actual.

Sin embargo, lo primero que habría que decirle a esa persona que el estudiante lleva adentro —y que no puede decirse con demasiada frecuencia—, es que la educación no está en crisis porque de pronto haya empezado a fallar. Los sistemas educativos de hoy día no funcionan peor que los de ayer; simple y sencillamente han funcionado mal desde un principio. El

que las escuelas del ayer eran sitios que les gustaban a los niños y en las cuales aprendían es un mero engaño, (Druker, 1978), en los últimos 300 años apenas si se habrá escrito una autobiografía en que los años de escuela fuesen años felices. Las escuelas eran sitios de calamidad, de tedio y de sufrimiento, en los que como todo maestro sabía, solamente uno de cada 10 alumnos aprendía algo. Los demás eran zopencos. Note el lector que en este párrafo he usado terminaciones verbales en tiempo pasado; relea y piense si hay inconsecuencia al poner esos verbos en tiempo presente.

Después de esa reflexión, podríamos aceptar que esto que hoy llamamos “crisis” de la educación, de la enseñanza, es un problema de evolución que no necesariamente denota fracaso; es problema, y real y requiere de soluciones, requiere conceptos nuevos, fundamentales, y estructuras nuevas, desde los planes de estudio hasta los métodos de enseñanza y una nueva y funcional concepción de los métodos de estu-

diar o sea, ya, atendiendo al estudiante de manera verdadera, dotarlo de una metodología de adquisición de cultura.

Ahora, pensemos algo sobre el aprendizaje. Las escuelas son muy antiguas, pero la identificación del aprendizaje con la escuela es muy reciente: data, a lo sumo, de cien años atrás.

En todos los países la escuela se ha basado en cuatro premisas:

- El aprendizaje es una actividad “intelectual” separada y distinta.
- El aprendizaje se realiza mediante un órgano aparte, el cerebro, aparte del cuerpo y de las emociones.
- El aprendizaje está reñido con la acción, de hecho se opone a ella; a lo sumo es una preparación para la acción; y
- El aprendizaje, por ser una preparación, es para los jóvenes.

El período de aprendizaje era la etapa en que se consideraba al ser humano lo suficientemente maduro para la “comprensión racional” pero no para el trabajo productivo. Se dejaba de aprender en el momento en que se empezaba a actuar.

Esa persona debe saber que el aprender es un continuo proceso biológico.

Empieza al ser concebido y termina con la muerte. El aprendizaje no está reservado a los que tienen demasiada edad para jugar y son demasiado jóvenes para trabajar. No hay ninguna diferencia entre la manera en que aprenden el niño y el adulto. Sólo hay un proceso de aprendizaje.

Hoy sabemos, además, que el aprendizaje no es dominio exclusivo del cerebro o del intelecto.

to. Requiere de todo el ser: las manos, los ojos, los músculos, el cerebro; por ese motivo, la idea de que en la escuela se *aprende* mientras en otras partes se *actúa*, se está haciendo insostenible.

“Aprender a Producir”

Los transmisores y los receptores de la información que se da como “cultura” (escolarmente hablando), deberían poseer una cierta inspiración y un cierto ingenio, de tal modo que esa información pudiera ser desenvuelta o usada cuanto antes, dicho de otra manera, debería, esa tal información, poseer una prospectiva de operación y vigencia más bien próxima al futuro que próxima al pasado, pues los estudiantes egresarán mañana, no ayer.

Se deberá tener en cuenta que la situación educativa —y comprende ésta a ese llamado proceso enseñanza-aprendizaje— tiene un valor económico y que el resultado debe ser rentable, es decir, que deberían conocerse los índices de un sistema de acción que comprende un costo y un beneficio y las instituciones que albergan estudiantes de bachillerato, tienen o tendrán la obligación de cumplir el compromiso que con la sociedad que la sustenta, tienen contraído. Cuando he dicho institución quiero que se comprenda a *todos*, directivos, estudiantes, administrativos y docentes. He puesto al final docentes porque yo lo soy.

Hoy por hoy, casi el 60% de los estudiantes no terminan el bachillerato. El costo aproximado por alumno antes de las devaluaciones era de 48 mil pesos al año* además del costo que

* *Gaceta UNAM*, Vol. No. 16, 25 de febrero de 1982.

tiene el estudiante para su familia que en nuestras estimaciones asciende hoy a unos 90 mil pesos al año. Si tomamos en cuenta que, la edad en que llegan es entre 15 y 17 años, y quienes terminan su ciclo de estudios, egresan de este nivel entre los 18 y 20 años y que, en los casos en que continúan una carrera universitaria, les tomará, en las condiciones más deseables, los siguientes 5 años; tenemos pues que nuestros egresados universitarios salen en el rango comprendido entre los 25 y los 27 años, y, si tomáramos en cuenta que la edad límite promedio para ingresar a los empleos es de 30 años, podremos observar que los egresados universitarios tienen muy poco tiempo para insertarse en el sistema productivo. En un estudio del CADE (Centro de Actualización de Docentes y Egresados del IPN), se pudo establecer que un profesional titulado logra la consolidación económica y laboral a los 10 años aproximadamente de haber egresado.

En este largo periodo que le lleva casi la mitad de la vida —hasta llegar a la consolidación económica— esa persona que el estudiante lleva adentro, también ha tenido otras muchas presiones. Además de la insistencia de las instituciones que lo cobijan —escuela y familia— para que adquiriera un “cuerpo de conocimientos”, ha estado debatiéndose entre el dominio intelectual de la información, los métodos y las teorías y, las ansiedades y angustias sociales y aún las necesidades sexuales que en alto grado perturban ese aprendizaje cognoscitivo, cuya relación armónica o no armónica lo conduce —casi por inercia— a una cierta evolución, pero probablemente no es ni la que él desearía, ni la que necesita su comunidad y el país.

Esa persona que el estudiante lleva adentro, debe saber que los adultos de su sociedad —entre los que estamos sus maestros— y por ser esta la sociedad que más conozco, hemos dado y tratamos de hacerlo aún, lo mejor de nosotros mismos, pero, que no es lo mejor deseable. En los cursos que he impartido a profesores y a alumnos, me he podido percatar de que la mayoría de nosotros ve esta vida como algo muy largo e inacabable y parece que nadie tiene prisa por lograr, por terminar, por hacer lo que tendría que hacer y debiéramos ya considerar que esta vida no es un ensayo, sino que es nuestra única oportunidad.

La persona que el estudiante lleva adentro debe saber que esa mitología de una infancia feliz, es uno de los resultados de la información-experiencia de diversas contradicciones, dificultades materiales y morales de todas las órdenes, de la realidad de su infancia, hecha entre la edad infantil a la edad adulta, en que él en guarderías, escuelas primaria y secundaria, en las cuales ha estado sujeto al ridículo y ha aprendido también —como buen ejecutor de esa constante de agresión— a ridiculizar a todo y a todos, basta observar su comportamiento, digamos, “libre” de un momento dentro del aula.

Debe saber también que es más persona que “estudiante”; y que su evolución depende más de cómo se perciba él, prospectivamente, en la vida y cuanto antes, que cómo se perciba él hoy como estudiante en una institución dada. La esencia de una educación humana hay que adquirirla todavía, principalmente mediante el aprendizaje voluntario que es el núcleo de la educación en todas las clases sociales, en todos

los niveles. Esto es lo que nos hace y nos conserva humanos (Toynbee, 1960)

Esa persona que el estudiante lleva adentro debe ser y estar consciente de que le tocó nacer en la época de las camisetas; en la cual época, las instituciones se empeñan en ponerle la suya, él se debe respetar y darse a respetar como individuo humano y bordarse la suya, no poner-

se la que le impongan, ni la que está de moda. Deberá lucir la de persona, la de hermano, hijo, amigo, compañero y acaso, la de estudiante... que tiene algo de prisa por ser más de lo que es ahora.

PROF. SERGIO HERNANDEZ DIAZ
Dirección de la UACB.

BIBLIOGRAFIA

- 1 Anda Gutiérrez, Cuauhtémoc. "México y sus Problemas Socioeconómicos", I.P.N., México, 1982.
- 2 "Congreso Nacional del Bachillerato", S.E.P., Nos. 10-12, Marzo, 1982.
- 3 Garrison, Roger H., "Orientación Universitaria", Pax México, 1967.
- 4 Hernández Díaz, Sergio. "El Bachillerato: Tiempo de Aprender. . . a Producir". Réplica en el Primer Simposium Internacional sobre el Bachillerato, 1982.
- 5 Myers, Edward D. "La Educación en la Perspectiva de la Historia", F.C.F., México, 1978.